

PRIMERA PARTE

Revelaciones



1



Olas de fuego, rojo en el blanco. El pelo se quema, la piel se encoje. Un impetuoso vendaval lanza su alarido y en ese instante desaparece todo el oxígeno del lugar. A continuación, el agua estalla con la zambullida en la charca de Rebecca Dos, que arrastra a su hermana tras ella. Aturdido, apenas consciente, el cuerpo de Rebecca Uno está lacio como una muñeca de trapo. Ni siquiera el agua helada consigue despertarla.

Se sumergen bajo la superficie, por debajo del intenso calor.

Rebecca Dos le pone a su hermana la mano en la boca y la nariz, intentando tapanlas. A continuación hace un esfuerzo por pensar. «Sesenta segundos es lo máximo que podré aguantar —se dice cuando empiezan a dolerle los pulmones—. ¿Y ahora qué?»

Observa el furioso infierno que se agita por encima de su cabeza, las olas de rojo carmesí refractadas en las olas de agua. Prendida por las cargas de Elliott, la reseca vegetación resulta engullida por una tormenta de fuego y termina obstruyendo la superficie de la charca con espesas cenizas de color negro. Y para empeorar aún más las cosas, Elliott, esa cerda mestiza, está allí, vigilando y aguardando, dispuesta a matarlas en el instante en que se dejen ver. ¿Cómo lo sabe Rebecca Dos? Pues porque eso es lo que haría ella en su lugar.

No, no pueden volver a subir. No, si quieren contarlo.

Hurga en el bolsillo de la camisa y saca de él una esfera luminosa de repuesto. Pierde en ello varios segundos, pero es completamente necesario ver por dónde va.

Tiene que decidirse pronto... Ya..., antes de que no sea posible decidir nada.

A falta de otra posibilidad mejor, decide hundirse más, arrastrando a su hermana bajo aquella luz turbia. Comprueba que Rebecca Uno está sangrando por la herida que tiene en el estómago: el rastro de sangre dibuja tras ella remolinos de cinta roja.

«Cincuenta segundos.»

Se marea: es el primer efecto de la falta de aire.

Entre el tumulto de burbujas y la presión del agua en los oídos, Rebecca Dos oye los gritos de su hermana. La falta de aire ha logrado despertar a la muchacha, que pronuncia palabras confusas, aterrorizadas. Forcejea débilmente, pero Rebecca Dos le clava los dedos en el brazo, y entonces la hermana parece comprender y vuelve a relajar el cuerpo, permitiendo que la transporte por el agua.

«Cuarenta segundos.»

Resistiéndose al impulso de abrir la boca para respirar, Rebecca Dos sigue hundiéndose en el agua. El halo de luz proyectado por la esfera luminosa muestra una superficie vertical cubierta de algas. Un banco de peces diminutos avanza como dardos disparados a la vez. Sus escamas, de un azul metálico, brillan a la luz de la esfera con infinitud de colores.

«Treinta segundos.»

Entonces Rebecca Dos ve una abertura escondida en la penumbra. En el momento en que mueve las piernas para impulsar hacia ella su propio cuerpo y el de su hermana, su mente retrocede a otra época de su vida: a las clases de natación que había tomado en Highfield.

«Veinte segundos.»

Ve que se trata de un canal. «Hay una posibilidad —se atreve a pensar, concibiendo esperanzas—. Una posibilidad remota.» El pecho le arde. No podrá aguantar mucho más, pero sigue nadando, penetrando en el canal, observando a su alrededor al tiempo que avanza.

Diez segundos.

Está desorientada. Ya no sabe a ciencia cierta dónde es arriba ni dónde es abajo. Entonces ve el reflejo: unos metros más allá, una especie de espejo devuelve una imagen insegura y temblorosa. Con las fuerzas que aún le quedan, empuja hacia allá su cuerpo y el de su hermana.

Las cabezas de las hermanas atraviesan la superficie del agua y penetran en la bolsa de aire encerrada en la parte superior del canal.

Rebecca Dos infla sus convulsos pulmones, que agradecen que no se trate de metano ni de un compuesto de ningún otro gas dañino. En cuanto sus toses y jadeos empiezan a ceder, se vuelve para ver cómo se encuentra su hermana. La cabeza de la muchacha herida está fuera del agua, pero cuelga hacia delante, inanimada.

—¡Vamos, despierta! —le grita Rebecca Dos, agitándola.
Nada.

Entonces desliza los brazos en torno a las costillas de la muchacha y aprieta varias veces con fuerza.

Nada todavía.

Le pellizca la nariz para taponársela y le aplica el beso de la vida.

—¡Eso es, respira! —le grita Rebecca Dos, y su voz retumba en el espacio cerrado, al tiempo que su hermana emite un leve gorjeo y vomita agua. Entonces llena de aire los pulmones, pero eso le hace atragantarse nuevamente y, presa de pánico, empieza a retorcerse.

—Calma, calma... —le dice Rebecca Dos—. Ya ha pasado todo.

Al cabo de un rato, Rebecca Uno se calma y su respiración, aunque superficial, se va volviendo regular. Se agarra el estómago, bajo el agua: es evidente que la herida le duele terriblemente. El rostro se le ha quedado blanco como el de un cadáver.

—¿No te irás a desmayar otra vez? —pregunta Rebecca Dos mirándola con preocupación.

Rebecca Uno no responde. Las dos muchachas se miran la una a la otra, sabiéndose a salvo, al menos de momento. Comprendiendo que han sobrevivido.

—Voy a echar un vistazo —dice Rebecca Dos.

Rebecca Uno mira sin ver. Entonces hace un enorme esfuerzo para hablar, pero sólo consigue formar una pe con los labios.

—¿Por qué...? —completa Rebecca Dos, articulando las palabras que intenta pronunciar su hermana—. Mira encima de ti —dice, haciendo que se fije en aquello a lo que se había agarrado de manera instintiva: son varios cables del grosor de una culebra, que están fijados al techo del canal: viejos cables eléctricos enrollados unos con otros, con el revestimiento desprendido, y el interior visible pero recubierto de una viscosidad herrumbrosa—. Nos encontramos en una especie de excavación. Podría haber otra salida.

Rebecca Uno asiente exhausta y cierra los ojos, aferrándose débilmente a su conciencia recién recobrada.

2



Tras pasar más de dos días sobre las aguas del río subterráneo, Chester enfiló la lancha hacia el largo muelle.

—¡Usa la luz! ¡A ver qué hay ahí! —le gritó a Martha por encima del ruido del motor.

Martha levantó la esfera luminosa, dirigiendo su luz a las oscuras estructuras de la parte de detrás del muelle. Al ralentizar la marcha y arrimar la lancha a la orilla, Chester vislumbró los edificios y la grúa. Desde luego, aquel puerto era mucho más grande que ninguno de los que habían encontrado a lo largo de la ruta, en los que habían parado para repostar y descansar un par de horas. A Chester le dio un vuelco el corazón al pensar que podían haber llegado al final del viaje.

La lancha golpeó de lado contra el muro, y Chester apagó el motor. Martha se agarró a uno de los bolardos y ató la amarra a él. A continuación volvió a enfocar la luz, y Chester descubrió un arco grande que se destacaba en la pintura blanca. Recordó que Will le había dicho que había una entrada al muelle tapiada, una entrada lo bastante grande para que pasara un camión. Tenía que ser aquélla.

Aunque estaba empapado y aterido de frío, lo embargó una alegría sin límites.

«¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido, hostia!», gritó para sus adentros mientras salían de la barca a tierra firme, pero no pronunció una palabra.

«¡He vuelto a la Superficie!»

Pero pese al hecho de estar ya prácticamente en casa, su situación distaba de ser el paraíso.

Miró a Martha y la vio avanzar pesadamente por el muelle, con andares de pato. Aquella mujer rechoncha, envuelta en varias capas de ropa sucísima, lanzaba gruñidos como un jabalí a punto de atacar. Eso no era nada nuevo (su comportamiento resultaba siempre bastante imprevisible), pero en aquel momento ella giró bruscamente la cabeza hacia la oscuridad y lanzó una maldición, como si hubiera visto a alguien allí. Sólo que no había nadie.

Chester lamentó que Will no estuviera con él. Will o cualquiera de los demás. Pero la suerte había querido que se quedara con aquella mujer. Martha volvió a gruñir, esta vez aún más fuerte, y a continuación bostezó, abriendo tanto la boca que Chester pudo verle las sucias muelas. Comprendía que tenía que estar agotada del viaje, y también que la fuerza de la gravedad en su intensidad normal no hacía sino agravar las cosas. Incluso él sentía que algo tiraba hacia abajo de su cuerpo, así que era lógico que resultara mucho peor en el caso de Martha, que llevaba años sin experimentar nada parecido.

Y también comprendía lo extraño que aquel momento tenía que resultarle:

Criada en la Colonia, Martha no había pisado nunca la superficie de la Tierra, y estaba a punto de ver el sol por vez primera en toda su vida. Desde luego, su vida no había sido un lecho de rosas: ella y su marido habían sido desterrados por los styx a las Profundidades, a ocho mil metros por debajo de la Colonia. Allí se habían convertido en parte de la errante y descontrolada tropa de los renegados, que era tan fácil que se mataran unos a otros como que sucumbieran a los peligros de aquella tierra oscura. Por increíble que pareciera, estando en las Profundidades ella había dado a luz a

un niño, Nathaniel; en tanto que su marido había intentado matarlos a ambos arrojándolos por el borde del Poro.

Aunque habían sobrevivido a la caída, Nathaniel había muerto años después a causa de unas fiebres, tras lo cual Martha había tenido que arreglárselas sola. Durante más de dos años, había vivido totalmente apartada de cualquier otro ser humano. Parapetándose en una vieja cabaña, había sobrevivido tendiendo trampas para alimentarse de las extrañas criaturas que abundaban por allí.

Cuando Will, Chester y Elliott, que estaba malherida, llegaron a aquel lugar, ella no tardó nada en encariñarse de los chicos, como si fueran sustitutos del hijo amado y perdido. De hecho, aquel cariño resultó tan fuerte que había preferido que muriera Elliott antes de poner en riesgo a los chicos: les había ocultado el hecho de que existía un surtido de modernas medicinas en un submarino que había resultado succionado por otro de los poros. Pero cuando Will descubrió la verdad, ella se hizo perdonar llevándolos allí a él y a Chester, y salvando de ese modo la vida de Elliott. Y los muchachos habían terminado perdonándole el engaño.

Pero aquello ya quedaba atrás. Y ahora Chester no tenía ni la más leve idea de qué iba a hacer a continuación. En la Superficie tendría que cargar con Martha, además de con la eterna amenaza de los styx, que lo perseguirían dondequiera que se dirigiera. No tenía adónde ir y no tenía a nadie que le pudiera ayudar, salvo Drake. Drake era su única esperanza, su único salvavidas.

«¡Por favor, Drake, por favor, aparece por aquí!», exclamaba Chester para sus adentros mientras caminaba por las oscuras suciedades del muelle, deseando que su amigo se materializara allí mismo. Chester sintió impulsos de ponerse a gritar su nombre, pero no lo hizo, porque sin duda Martha se lo tomaría mal si se enteraba de que había tratado de contactar con él. Sabía lo posesiva y sobreprotectora que era ella,

y lo último que le apetecía en aquellos momentos era ver que empezaba uno de sus duraderos enfados. Además, no tenía modo de saber si Drake habría recibido el mensaje que había dejado para él en el servidor telefónico. Ni siquiera sabía si seguiría con vida.

Sin hablar en ningún momento, Chester y Martha siguieron las instrucciones que les había dado Will y sacaron la lancha del agua. Estaban tan poco habituados a la fuerza normal de la gravedad que enseguida se encontraron sin aliento de puro agotados. No obstante, entre gruñidos y maldiciones de Martha, consiguieron arrastrar la lancha hasta uno de los edificios vacíos, donde la dejaron bien asentada.

Inclinado con las manos en las rodillas para recobrar las fuerzas, Chester comprendió que lo único que deseaba era ir a Londres para volver a ver a sus padres. No importaban los riesgos que tuviera que correr. Tal vez ellos pudieran arreglar aquel terrible embrollo. Tal vez pudieran esconderlo en alguna parte. No le importaba: el caso es que tenía que verlos para decirles que se encontraba bien.



Rebecca Dos regresó nadando velozmente. Sintió alivio al comprobar que su hermana seguía con los dedos aferrados a los cables eléctricos. Rebecca Uno había logrado mantenerse sobre la superficie del agua, pero las fuerzas la abandonaban. Apoyaba la cabeza sobre el brazo levantado, con los ojos firmemente cerrados. A Rebecca Dos le costó varios segundos despertarla. Era completamente necesario llegar a algún lugar seco y caliente antes de que se derrumbara del todo.

—Inhala todo el aire que puedas. Te voy a sacar de aquí —le dijo Rebecca Dos—. Ahí arriba hay un sitio.

—¿Qué sitio? —farfulló lánguidamente Rebecca Uno.

—He seguido una vía estrecha por el fondo del túnel —respondió Rebecca Dos mirando un instante al agua, que les llegaba a ambas justo por debajo de la barbilla—. Llegué a una sección que no está inundada. Es más grande que esta bolsa de ai...

—Vamos —interrumpió Rebecca Uno. Respiró hondo y se soltó de los cables que tenía encima de la cabeza.

Rebecca Dos llevó a su hermana a remolque hasta que llegaron al lugar que acababa de mencionarle. Colocada boca arriba, Rebecca Uno se dejaba llevar, y Rebecca Dos tiraba de ella como un socorrista.

Antes de que transcurriera mucho tiempo, llegaron a una parte menos profunda, en la que se hacía pie y por tanto se podía caminar, aunque Rebecca Dos se veía obligada a ayudar en cada paso a su hermana. Avanzaron entre tropiezos y salpicaduras hasta llegar por fin a tierra seca.

Rebecca Dos vio que las vías proseguían túnel arriba, pero por muchas ganas que tuviera de averiguar adónde llevaban, antes que nada tenía que atender a su hermana. La tumbó en el suelo y a continuación, con mucho cuidado, le quitó la camisa para examinar la herida. Tenía un pequeño orificio a un lado del estómago, justo por encima de la cadera. Aunque la herida no parecía tan seria a primera vista, manaba de ella un alarmante flujo de sangre que teñía el empapado vientre de la muchacha con una transparente película roja.

—¿Qué tal pinta tiene? —preguntó Rebecca Uno.

—Te voy a colocar de lado —le advirtió Rebecca Dos, y a continuación levantó con cuidado a su hermana para examinarle la espalda—. Justo lo que me imaginaba —dijo en voz muy baja al encontrar el orificio por el que había salido la bala.

—¿Qué tal pinta tiene? —repitió Rebecca Uno apretando los dientes—. Dímelo.

—Podría ser peor. La mala noticia es que estás perdiendo un montón de sangre. La buena es que la bala penetró al lado del estómago, por la parte carnosa...

—¿Qué quieres decir con eso de «parte carnosa»? ¿Me estás llamando gorda? —refunfuñó Rebecca Uno, indignada pese a la debilidad en que se encontraba.

—Siempre has sido una vanidosa, ¿verdad? Déjame terminar —dijo Rebecca Dos, volviendo a colocar a su hermana boca arriba—. La bala te ha atravesado de un lado a otro, así que al menos no tendré que sacártela. Pero tengo que contener la hemorragia. Y ya sabes lo que eso significa...

—Sí —murmuró Rebecca Uno. De repente se puso como loca de la ira, y al cerrar los puños se clavó las uñas de los delgados dedos—: ¡No me puedo creer que ese alfeñique me hiciera esto! ¡Me ha disparado! ¡Will me ha disparado! —dijo echando chispas—. ¿Cómo ha podido atreverse?

—Tranquilízate —dijo Rebecca Dos quitándose la camisa. Mordió con los dientes en el dobladillo hasta que pudo rasgar una tira de tela. Después rasgó varias más.

Rebecca Uno seguía despotricando:

—Su mayor equivocación ha sido no acabar conmigo. Tendría que haber terminado la tarea mientras tenía la posibilidad de hacerlo, porque ahora iré por él. Y me voy a asegurar de que sufre este mismo dolor, pero un millón de veces más fuerte.

—No te quepa la menor duda —dijo Rebecca Dos, mostrándose conforme, mientras ataba dos de las tiras y doblaba el resto para formar compresas.

—A ese pequeño cerdo le haré sangrar y lo mutilaré, pero muy despacio..., muy despacio, durante días... No, durante semanas —dijo Rebecca Uno, casi delirando de furia—. ¡Y nos ha robado el Dominion! Tiene que pagar por...

—Recuperaremos el Dominion. Pero ahora cierra la boca, por favor. Tienes que ahorrar fuerzas —dijo Rebecca Dos—.

Te voy a poner compresas en las heridas, y después las vendaré muy apretadas.

Rebecca Uno se puso tensa mientras su hermana colocaba las compresas de tela en los dos orificios de la bala. A continuación, su hermana le pasó la tira de tela alrededor de la cintura y apretó con fuerza. Los terribles gritos de dolor de la styx resonaron en la oscuridad del túnel.



—Date prisa, cielo —apremiaba Martha a Chester, que estaba intentando decidir qué se iba a llevar con él. El chico no respondió, pero para sus adentros estaba a punto de estallar:

«¡Déjame en paz!, ¿quieres?»

Martha era una especie de tía metomentodo, que lo miraba todo el tiempo y lo contemplaba con ojitos de cordero degollado. Además, no había parado de sudar copiosamente desde que sacaron la lancha del agua, y a Chester no le cabía duda de que emanaba de ella un hedor acre.

—No tiene ningún sentido que perdamos el tiempo aquí, cariño —dijo Martha tiñendo su voz de una dulzura empalagosa.

No lo soportaba más. No podía seguir aguantando aquella manera de estar encima de él. Siempre la tenía un poco demasiado cerca, y eso le resultaba muy incómodo. Agarró al azar unas cuantas cosas, y las metió en la mochila encima del saco de dormir. Entonces la cerró.

—Listo —anunció, echándose a propósito la mochila sobre el hombro con tal ímpetu que obligó a Martha a retroceder un paso para evitar recibir un porrazo. Entonces empezó a caminar a toda pastilla por el muelle, alejándose de ella.

Pero Martha no tardó más que unos segundos en situarse otra vez a su espalda, como un perro vagabundo.

—¿Dónde está, entonces? —preguntó Martha de repente, mientras Chester trataba de recordar las instrucciones de Will.

El chico observó que a Martha le empezaba a costar trabajo respirar, como si estuviera molesta con él o con la situación en que se encontraba. A Chester le irritaba su comportamiento agobiante, pero con mucha frecuencia se revelaba otro lado de Martha: sin apenas aviso, se enfadaba y se volvía muy desagradable. En aquellas ocasiones, Chester se asustaba de verdad.

—No lo sé —respondió él lo más educadamente que pudo—, pero si Will nos dijo que estaba aquí, tendremos que encontrarlo por alguna parte.

Estaban mirando entre los edificios de una sola planta, que eran descarnadas estructuras de hormigón, todas ellas carentes de cristales en las ventanas. No se sabía para qué habían servido aquellos edificios, la única marca que tenían eran unos números pintados con pintura blanca sirviéndose de plantilla. Había algo en ellos que le producía escalofríos a Chester. Se preguntó si en algún momento del pasado se habrían alojado allí soldados, viviendo en la oscuridad y el aislamiento. Pero el caso era que ahora los edificios no contenían otra cosa que escombros y restos de metal retorcido.

Mientras Martha empezaba a resoplar, lo cual era el preludio de otro enfado, la luz que llevaba Chester incidió en la abertura que había estado buscando.

—¡Ajá! ¡Aquí está! —anunció rápidamente, esperando que eso acallaría a la mujer. Miraron ambos el pasaje que había abierto Will quitando unos cuantos bloques de cemento.

—Sí —dijo Martha sin dar muestras de emoción.

Chester tuvo la sensación de que estaba decepcionada. Alzando la ballesta, como si temiera problemas, pasó la primera. El chico no la siguió inmediatamente, y antes de hacerlo

movi6 la cabeza hacia los lados, en se1al de negaci6n. Por otro lado, se dio cuenta de que tena los pies hundidos en un agua apestosa, y que el hedor se hacfa m1s intenso a medida que, al desplazarse, agitaban el agua.

—¡Qu6 asco! —exclam6 frunciendo el ce1o, pero consol1ndose al pensar que al menos asf ya no tena que soportar el olor de Martha. Distingui6 algunas tablas de madera medio sumergidas en el agua y despu6s varios bidones de petr6leo oxidados. Uno de ellos estaba vacfo y flotaba, tumbado. El agua, al agitarse, golpeaba contra la pared del bid6n y producfa un hueco sonido met1lico, como una campana que sonara a lo lejos en el mar.

Pero se ofa otra cosa, un golpeteo constante. Chester distingui6 una lata de Coca-Cola Light que chocaba contra el bid6n. La mir6 y se qued6 paralizado ante sus marcas rojas y plateadas, tan limpias, claras y modernas. Eso le anim6. No cabfa duda de que la lata de Coca-Cola pertenecfa a la Superficie, y para 6l representaba algo de su propio mundo. Chester se pregunt6 si la habrf1a tirado allf Will, al volver con el doctor Burrows a aquel puerto subterr1neo, justo antes del viaje de regreso al refugio antiat6mico. Le gust6 la idea de que aquel objeto tuviera algo que ver con su amigo.

Martha not6 que Chester se paraba a observar la lata y le gru1o para que avanzara: a ella la lata no le decfa nada. Atravesaron una puerta y entraron en una estancia cuyas paredes estaban recubiertas de taquillas. En una peque1a habitaci6n adyacente, exactamente donde habfa dicho Will que estarfa, encontraron la escalera que les permitirfa salvar la escasa distancia que les separaba de la superficie. Martha comprob6 el estado de algunos de los pelda1os que se hundfan en la pared de hormig6n. A continuaci6n, movi6ndose con lentitud, empez6 a subir.

«¿De verdad voy a salir a la superficie? ¡No me lo puedo creer!», pens6 Chester, siguiendo a Martha en direcci6n a la

luz. Aunque se protegía los ojos, el brillo del cielo fue más de lo que podía resistir, y salió por la trampilla con dificultad, completamente cegado. Cayó a cuatro patas y se arrastró de aquel modo hasta un grupo de zarzas, entre las cuales ya se había instalado Martha. Permanecieron los dos allí ocultos mientras, poco a poco, los ojos de Chester se adaptaban a la luz diurna. En realidad, el día no era ni siquiera luminoso: habían salido bien avanzada la tarde de un día sombrío en el que el cielo estaba cubierto de nubes.

—Pues ya hemos llegado, cielo —dijo Martha, por decir algo.

Aqué! era el gran instante, el instante en que regresaba al hogar después de su estancia en las profundidades de la Tierra, después de pasar allí más meses de los que podía recordar y después de todo cuanto había tenido que soportar. Pero estaba siendo muy decepcionante. Y eso, por no cargar las tintas.

—El hogar de los malvados Seres de la Superficie —añadió Martha, en tono desdeñoso. Chester observaba mientras ella se envolvía la cabeza con una bufanda mugrienta, dejando tan sólo una rendija para los ojos. Cuando ella intentó mirarlo, el chico comprendió que a Martha le iba a costar un buen tiempo acostumbrarse a la luz.

Le acudió una idea a la mente:

«¡La podría dejar aquí!»

¿Y si echaba a correr? Mientras los ojos de Martha siguieran sin adaptarse, no conseguiría alcanzarlo. «Ésta es la mía», se dijo, en tanto ella aspiraba con toda la capacidad de sus pulmones. Los mocos le sonaron como una trompeta y entonces levantó una parte de la bufanda y empezó a sonarse primero un agujero de la nariz y después el otro, exactamente igual que si tratara de extraer del tubo el último resto de pasta de dientes.

Chester recordó el instante en que él, Will y Cal habían

llegado a la estación de los Mineros, en las Profundidades, y él había hecho algo más o menos igual de desagradable. O al menos lo había sido para Will. Eso le hizo pensar en su amigo y en todo lo bueno y malo que habían pasado juntos, y comprendió que no podría volver a enfadarse con él nunca más. No tenía ni idea de si Will habría sobrevivido al saltar en pos de su padre al poro que habían llamado Jean la Fumadora. Ni de si habría sobrevivido Elliott, ya que había elegido seguir el mismo camino.

Chester se estremeció.

Se habían tirado todos, y tal vez estuvieran muertos y no volviera a verlos nunca.

O tal vez estuvieran continuando la gran aventura en que se habían embarcado Will y él, en el sótano de la casa de los Burrows, aquel día en que habían empezado a bajar por el túnel. Chester se dio cuenta de que acababa de referirse a aquello, dentro de su mente, como una «aventura» y sintió pena de estársela perdiendo en aquellos momentos.

Pensó en ellos tres haciendo cosas extraordinarias... Will, el doctor Burrows, y Elliott... Elliott... Elliott... Se la representó con tal claridad que parecía que la tuviera delante, tal como estaba en el momento en que se había bebido el jugo del ojo del lobo... Vio la sonrisa pícaro y burlona con la que se había vuelto en aquel momento hacia él y le había invitado a probarlo. Chester no sentía sino admiración por ella. Si habían sobrevivido había sido gracias a sus increíbles habilidades. Pero, por encima de todo, era aquella sonrisa lo que persistía en su mente, embargándole con una extraña sensación de exclusión y pérdida.

Lanzó un suspiro, pensando que se suponía que en la Superficie iba a encontrarse mejor. Ya había experimentado más encuentros con la muerte de los que solían corresponder a varias vidas enteras... En la Superficie tendría que estar más seguro.

Al menos, eso era lo que intentaba decirse Chester mientras Martha lograba sacarse el último moco de las narices y se limpiaba el dedo en la chaqueta, que ya estaba bastante asquerosa.

«Por favor...», pensó Chester.

¿O sea que la cosa era así? ¿Había elegido entre Elliott y... aquella vieja repulsiva?

—Sí, ya estamos aquí —le respondió por fin a Martha, apartando la vista de ella—. Hemos llegado a la superficie, efectivamente.

La luz se iba apagando rápidamente al avanzar la tarde y a Martha le iba resultando más fácil ver. Desde donde se ocultaban, podían distinguir varios edificios de aspecto muy funcional y cuadrículado.

Y así, al cabo de varias horas y ya bajo la protección de la oscuridad, decidieron salir de entre las zarzas. Anduvieron con mucho cuidado entre los edificios abandonados del antiguo campo de aviación. Will le había explicado a Chester que estaba en Norfolk, a unos doscientos kilómetros de Londres.

Cruzaron lo que parecía un viejo patio de armas, un lugar misterioso e inquietante en el que crecía la hierba por entre las grietas de la superficie de asfalto. Al pasar detrás de un camión que tenía las puertas traseras abiertas, Chester le echó un vistazo. Por su aspecto, pensó que pertenecería a algún tipo de albañiles u obreros. Y comprobó que no se equivocaba al respecto al ver andamiajes en uno de los edificios. Evidentemente, algo había ocurrido allí desde que estuvieron Will y el señor Burrows: habían empezado alguna obra. Después, a lo lejos, distinguió una caseta prefabricada de las que se utilizan en las obras. De las ventanas salía luz, y había un Land Rover aparcado al lado. Will le había avisado de que había guardias de seguridad que patrullaban el campo de aviación. Aquélla tenía que ser su base. Chester distinguió el sonido de risas y voces potentes que llevaba el viento.

—Podríamos pedirles ayuda —sugirió él.

—No —repuso Martha.

No se molestó en discutir con ella, pero cuando se alejaron de la caseta prefabricada, Martha lo agarró de repente:

—¡No vamos a pedirles ayuda a los paganos! ¡Jamás! —exclamó, sacudiéndolo—. ¡Los Seres de la Superficie son malvados!

—Vale..., bueno, bueno —aceptó él casi sin voz, totalmente desconcertado por aquella reacción. Entonces, con la misma rapidez, su furia desapareció y en mitad de su cara regordeta apareció una halagadora sonrisa. Chester no sabía cuál de las dos actitudes detestaba más. Pero a partir de entonces iba a tener mucho más cuidado con lo que decía.



Llevando a la espalda todo el peso del cuerpo de su hermana, Rebecca Dos dio gracias a la escasa gravedad al avanzar haciendo uso de toda su fuerza de voluntad por el túnel en cuesta. Aunque la muchacha herida había vuelto a perder el sentido, Rebecca Dos seguía manteniendo con ella una conversación unidireccional.

—Encontraremos una solución, ya lo verás. Vas a ponerte bien —dijo. En realidad, estaba muy preocupada por el estado de su hermana. Aquel vendaje de urgencia parecía haber cumplido su misión y había contenido bastante la hemorragia, pero Rebecca Uno ya había perdido mucha sangre antes de que se lo pusiera. No le daba buena impresión.

Sin embargo, Rebecca Dos no perdía la esperanza, y llevaba su carga humana kilómetro tras kilómetro, hollando el polvo entre los herrumbrosos raíles de la vía. Aunque pasó por delante de otros túneles más pequeños, se mantuvo en la vía del túnel principal, esperando llegar finalmente a la boca de la mina.

Le alegró encontrar piezas de maquinaria vieja, más restos de la civilización que había sido responsable de aquellas obras subterráneas. No se paró a examinar aquellas cosas, que parecían bombas y generadores. Aunque de diseño algo anticuado, dio por hecho que se trataba de variaciones de tecnología de la Superficie utilizadas en minería de profundidad. De vez en cuando encontraba también algún pico, alguna pala y cascos abandonados por el camino.

Su prioridad absoluta era salir a algún espacio abierto, en parte porque ella misma empezaba a sentirse mal a causa de la falta de agua y comida. Pero además quería cambiarle a su hermana aquel vendaje provisional y ponerle lo antes posible algo más efectivo. Rebecca Dos echó una maldición al recordar las vendas de soldado que habían quedado en la chaqueta que se había visto obligada a abandonar durante el ataque de Will y Elliott.

Tras varios kilómetros más sin otra compañía que el constante ruido de sus botas, empezó a ser consciente de otro ruido:

—¿Has oído eso? —preguntó, sin esperar que su hermana le respondiera. Se detuvo para escuchar. Aunque era intermitente, parecía un quejido distante. Volvió a ponerse en marcha y, cuando por fin la vía dobló una esquina, sintió que le daba el aire en el rostro. Era aire fresco. Embargada de esperanza, reanudó el paso.

El aullido se hizo más fuerte y también la brisa, hasta que distinguió un resplandor lejano al final del túnel.

—Luz diurna..., eso es lo que parece —dijo. Entonces, al seguir la vía por una parte del túnel aún más empinada, apareció el origen de la luz.

La vía continuaba, pero a lo largo de una pared del túnel, donde uno hubiera esperado encontrar roca viva, había una luz cegadora. No daba la impresión de ser una luz artificial. Pero después de pasar tantas horas a la oscuridad, sin otra

luz que el leve resplandor verdoso que arrojaba su esfera, le resultaba difícil mirarla directamente.

—Te voy a dejar aquí un segundo —le dijo a su hermana, y la posó con cuidado en el suelo.

A continuación, protegiéndose los ojos con el brazo, avanzó hacia la luz. El viento soplabla con tal intensidad que le costaba avanzar.

Se propuso esperar pacientemente hasta que sus ojos pudieran soportar el resplandor y, al cabo de un rato, ya no tuvo necesidad de hacer pantalla con el brazo. A través de la irregular abertura, distinguió un cielo blanco. Combinado con el viento, la sensación que producía era la de que se encontraba en un punto muy alto, cercano a las nubes, si hubiera habido nubes.

«¿Así que... todo este tiempo... he estado subiendo por el interior de una montaña?», se preguntó.

Se encogió de hombros y se acercó a la salida.

Lanzó un grito de asombro.

—¡Tienes que ver esto! ¡Te va a encantar! —le gritó Rebecca Dos a su hermana inconsciente.

A sus pies, a lo lejos, había una ciudad, con un río que la atravesaba por en medio. Al seguir el curso del río con los ojos, vio que llegaba a una zona de agua que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—¿El mar? —se preguntó.

Sin embargo, era la ciudad lo que realmente la sobrecojía. No sólo era de inmenso tamaño, sino que los edificios que contenía también parecían enormes. Incluso a aquella gran distancia, era posible distinguir a simple vista lo que parecía un arco enorme, no muy diferente del Arco de Triunfo de París, con amplias avenidas que irradiaban de él. Aunque aquel arco era con diferencia el edificio más considerable, había muchos otros, todos de proporciones clásicas y dispuestos en manzanas regulares. Al alejarse del centro de la

ciudad, se distinguían extensas zonas de edificios más pequeños que supuso que serían casas.

Y, desde luego, no se trataba de ninguna ciudad desierta y fantasmal.

Si forzaba la vista, podía distinguir algo que parecían vehículos, que se desplazaban por las calles y la avenida, pero que a la distancia que se encontraba parecían más pequeños que pulgas.

Oyó el ruido constante de un motor y vio un helicóptero que sobrevolaba la ciudad. Era diferente de cualquier helicóptero que hubiera visto en la Superficie, con rotores a cada lado del fuselaje, en vez de a cada extremo.

«¿Qué será eso?», se preguntó.

Volvió a fijarse en el mar que aparecía al otro lado de la ciudad. Si se protegía los ojos, para tapar la zona en que el brillo de la luz borraba la superficie del agua, se distinguían todo tipo de barcos y pequeñas embarcaciones.

Pero lo que le produjo una impresión más intensa fue el aura de orden y fuerza que emanaba aquella enorme metrópoli. Movi6 la cabeza de arriba abajo en gesto de aprobaci6n.

—Mi lugar ideal —dijo.